

# Al poeta pertenece la eternidad

**Johann D. Montoya Araque**

*Cuando el velo encantado de la poesía  
aún envolvía graciosamente a la verdad,  
por medio de la creación se desbordaba la plenitud de la vida  
y sentía lo que nunca había sentido.  
Se concedió a la naturaleza una nobleza sublime  
para estrecharla en el corazón del amor,  
todo ofrecía a la mirada iniciada,  
todo, la huella de un dios.*

Schiller

El tiempo ha sido para nosotros un laberinto complejo e intrincado, al cual, para no perdernos, y acaso para comprenderlo, accedemos a través de esa división que nos hace más valientes a la hora de enfrentarlo: pasado, presente y futuro.

Dicha fragmentación, huelga decir que necesaria, ha sido materia de todas las ciencias y de todas las artes, pues esta especulación que es a veces el tiempo es el más común de los acontecimientos, ya que sobre él acomodamos nuestra vida y su finalización —nuestra muerte—, así que debe ser tratado con el mayor de los cuidados.

Tal ha sido el caso de los poetas, quienes con su artesanal dominio de la palabra han cantado la historia, diferenciándose enormemente de los historiadores, pues mientras estos recogen fielmente, y en la medida de lo posible, los acontecimientos, aquellos abordan estos mismos sucesos con la mirada puesta en otro logro: eternizar.

Aunque el verbo mencionado suponga un acto de vanidad por parte de quien se lo proponga —sabido es que en la mayoría de los casos quien se propone no es quien logra, ni quien no se lo propone por ello algo logra—, en estos altos exponentes del sentir humano se ve un influjo contrario al natural, ya que se suele hablar —y ellos son de este mismo parecer— que su expresión no les pertenece sino que les es dada, que beben de una fuente ubicada en altas cumbres, o que una voz lejana y dulce les susurraba las

deliciosas melodías que era necesario entonar.

De ello tomemos como referente a Hesíodo, quien en su *Teogonía* nos relata el nacimiento y función de las musas (versos 55 al 100), donde cuenta que «ellas [las musas] precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto mientras apacentaba sus ovejas al pie del divino Helicón» (Hesíodo, 1978, p. 70); es aquí donde entra en juego la labor externa, la voz que encauza, que nos muestra cómo el poeta es elegido independientemente de su profesión, que es más bien llamado a ejercer una vocación «divinal».

Será, pues, auriga, dado que logró penetrar en los recovecos de la vida, ya que sus dones le permitieron develar la presencia del tiempo, cuando en su profunda angustia alzó la mirada y penetró en los arcanos que hasta entonces eran las pérdidas: las despedidas fúnebres.

Esto, que podría tomarse como recurso estilístico (creación o recreación de entes), no deja de ser cierto en su fondo más profundo, ya que el poeta no trabaja para gloria personal, —aun siendo su nombre lo que alcance la perpetuidad (aunque el implacable peso de las edades acabe por borrar esos caracteres que en cierto momento tuvieron significado)— sino que es la voz general quien reclama que se cante su estado. Es así como este rapsoda se moldea para fijar un instante que perdurará mientras sea requerido.

Dios y tiempo fueron la discusión predominante, donde la explicación de uno daría respuesta al otro. Pero se anunciaba un problema primordial: el conocimiento de la propia naturaleza. Porque este es el punto de partida al que debe aspirar todo hombre razonable, para así abarcar los conceptos de Dios y de tiempo, ambos divididos para mejorar su apreciación.

El alma humana ansía escuchar su propia profundidad; no avanza si ese susurro no se convierte en fuerte voz. Esa voz es de todos, por eso los ecos del pasado no se apagan, porque nos hablan aún hoy, siglos y siglos después de lo sucedido.

De saber popular es ya aquello que se dice en el *Eclesiastés* «¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y no hay nada nuevo debajo del sol» (De Valera, 1865, p. 404), aquí propuesto con cariz pesimista pero cierto, aunque tomémoslo de forma más optimista. Si bajo el sol no hay nada nuevo, es porque no ha sido escuchado lo dicho que desde antaño viene: la voz del poeta casi se extingue, sin embargo aguarda.

Con ello se increpa al autoconocimiento. Conocerse a sí mismo parece una labor abismal, dado que basta con expresar lo inmediato, que ha sido vicio no sólo de nuestra era sino de todas, y en este ir y venir nos pasamos la mayor parte de nuestra existencia, sin reflexión ni experiencia. Pero el poeta, al entrar en ese estado de profunda inspiración, ahonda en el conocimiento primordial, ese estado que abarca lo existente sin miramientos, que comprende las líneas temporales en una sola: la eternidad.

En esta labor de fijar para descubrir, el poeta expresó la más grande de las pa-

radojas: los dioses. De ellos se desprenden las musas y toda suerte de seres eternos. Estas bellas representaciones de las ciencias y las artes alegran la morada de estos; atraviesan las finas fibras de la existencia mortal e instruyen a quienes más cercanos a ellos han encontrado; lo dotan de las alas celestes, angélicas; lo premian con el laurel y endulzan su voz; le otorgan una labor especial: hacer del mundo mortal una cuna para que el soplo celestial encuentre nido y pueda florecer.

Pero no basta con estas definiciones, con estas ansias de verdad, pues sin la sustancia que posibilita el arte (saber hacer) y la ciencia (procurarse saber) —aludo aquí a la fe, que no es la vana espera que suele mencionarse, sino la espera consciente sin la que nada de esto sería posible— ninguna acción humana alcanzaría el fin que en su interior guarda.

«Hay en el fondo de la fe olímpica en la divinidad un sentimiento aristocrático de confianza humana en el propio valer (...). El hombre acepta la presencia de la divinidad como algo natural», (Clota, 1956, p. 133). Vemos entonces cómo la palabra del poeta ha instaurado la solidez de su creación al haber ahondado en la materia misma que es la realidad.

Aquí podemos ver el sumo logro de la creación: primero son los dioses, luego las musas, quienes inspiran los cantos que el aedo habrá de entonar para así encarnar a los entes magnos, mientras estas alegran lo que por consecuencia antes era frío hogar. En este punto se regocija la comprensión: el eterno retorno se expone poéticamente.

Nacidas las deidades, el pastor ahora puede entonar verdades y guiar, porque tiene el fundamento. A pesar de ser precedero, encontró la forma de orientar, de ser escuchado. ¡Qué noble ideal, qué profunda sensibilidad! Ahora abarca el mundo, y, con este, lo que es más importante y fundamental, aquello que es en el fondo causa de todos los males, que debe ser purgado, que debe ser trascendido: el tiempo.

Incluso las divinidades temen, se saben solubles, volátiles. Saben que son un hilo frágil y quebradizo como la verdad; y ya desapegado de su paradoja, ya más que vientre, el rapsoda aspira a ver más allá, alcanzar ese espacio invisible, poblarlo, y que el terreno sobre el cual habremos de movernos sea más firme para que el conocimiento adquirido no sea en vano —aunque, como la historia lo ha demostrado, dicho conocimiento se ha ido nublando, pues el valor de la tradición va poco a poco diluyéndose y transformándose en olvido, ese asesino de dioses—, suponiendo esto la tarea más ardua.

Profundizar en un tema de aspecto tan grave como este resulta siempre fascinante. En verdad, la obra del poeta es descubierta cada día con un aire de novedad, con algo que no ha sido escuchado, como si fuera cierto lo que dice el gran Hesíodo de que las musas «infundiéronme voz divina, para celebrar el futuro y el pasado» (Hesíodo, 1978, p. 71), porque esto nos acerca a la hipótesis de que es él quien ha dado forma a la eternidad, pues sin su voz los altísimos no serían sólidos, abarcables, y el sentir, al ser

materia tan intrincada, nos ahogaría, pues es gracias al estudio detallado que de él se realiza que logramos avanzar, aún hoy, en tiempos tan caóticos.

El caos ha estado presente en cada generación, no obstante haber el vate dado las pautas, el orden requerido al visionar cómo de lo más alto se llega a lo más bajo, esa escalera que permite descubrir el camino que debe ser respetado. Reveló el poeta, entonces, que el perpetuo desorden da origen a quien gobierne, y que estos habrán de legar poderes, desde el cénit al nadir. Con ello vienen sus propuestas morales, ya que comprendió que la naturaleza humana, mientras se desconoce, es corrupta.

Pero juguemos con la idea de traer de ese estado lejano a nuestro visionario. Pongámoslo en nuestra esfera y veremos su gesto contrariado; nos mostrará una desazón comprensible al descubrirse en época tan distante de la suya y, sin embargo, tan semejante en todo aspecto. ¡Qué suerte de triste nostalgia lo abordará, pues su propósito ha quedado malogrado!

¿Qué hemos hecho con esa valiosa herencia que nos legaron nuestros ancestros? Ya nos lo habían dicho. Ya a ellos les había sucedido. Pudieron hacer vibrar en el alma de los pueblos las fibras propicias pero en algo fallaron: aspiraron a la comprensión. Qué utopía. Mas aquí están aún. No tendremos que recurrir a la quimera de traer a un Hesíodo, a un Homero, a un anónimo y distante pastor que nos habló claro y limpio, porque en nuestra época surgen en diferentes lugares pequeños retazos, diseminados en los confines como si el mismo primigenio cantor quisiera abarcar todos los campos y darle fuerza a su voz.

A estos debemos el valor de la realidad, su transformación a través del lenguaje. Hesíodo se propuso cantar el origen de las deidades para lograr a través de ello solidificar las arenas movedizas para luego construir un fuerte sobre ellas, para así resistir los embates de eso que ahora, por no conocer su naturaleza, solemos llamar con un término harto abstracto: *destino* o azar.

Los dioses no son otra cosa que el arquetipo al que se aspira, el punto que fijaron de la manera más indeleble los caros poetas. Después de haber ahondado en el más oscuro recodo de la naturaleza, supieron escuchar y expresar de la manera más humana su descubrimiento: quien no comprende no avanza, pues no acepta, no aprende. La palabra que conmueve espera llegar al oído apropiado: en ello radica la naturaleza de la eternidad.

## Referencias

- Clota, J. A. (1956). *Hesíodo, profeta y pensador*. Convivium, 115-143.
- Jiménez Pérez, A., & Díez Martínez, A. (1978). *Obras y fragmentos, Hesíodo*. Editorial Gredos.
- De Valera, C. (1865). *Santa Biblia*.